



## Por una historia del vandalismo en Cataluña (siglos XV-XX).

*La historia del vandalismo, es decir, de la destrucción de las obras de la civilización, las cosas bellas, etc., es todavía una historia sin hacer en nuestro país. El presente artículo plantea una aproximación al tema y repasa los principales episodios de vandalismo contra el patrimonio arquitectónico y monumental que se han producido en Cataluña desde finales de la Edad Media hasta la actualidad.*

**Josep Bracons Clapés.** Profesor de Historia del Arte de la ESCRBC. [jbracons@uoc.edu](mailto:jbracons@uoc.edu)

Para construir es necesario derribar. Las grandes catedrales góticas se superpusieron a edificios románicos y éstos, a su vez, sustituyeron templos de los primeros tiempos del cristianismo que, quien sabe, podían haberse emplazado dentro de recintos sagrados de época romana o prerromana. Esto es evolución, puro darwinismo. Cualquier derribo implica la desconstrucción de unos edificios y de lo que éstos significan para construir otros, portadores de nuevos significados.

Pero no siempre la evolución es pacífica, por selección natural, si no que frecuentemente implica violencia, depredación, y entonces se convierte en vandalismo, definido como el espíritu de destrucción de las obras de la civilización, las cosas bellas, etc.

En su *Histoire du Vandalisme* el historiador francés Louis Réau enumera una amplia gama de causas del vandalismo, explícitas o implícitas, tales como el ánimo de destruir, el nihilismo, la especulación, la *damnatio memoriae*, la intolerancia, el fanatismo, la ignorancia, la incuria, el colonialismo... Todas estas causas afloran frecuentemente en medio de situaciones conflictivas como guerras y revoluciones, disputas religiosas o antirreligiosas, iconoclastia, terrorismo... Por otra parte, los efectos destructores del vandalismo se conjugan a menudo con los derivados de catástrofes y accidentes, incendios, robos, expolios, terremotos... Sin olvidar aquel otro vandalismo, no menos traumático, ejercido en nombre del buen gusto, de la moral, el progreso, el urbanismo, la técnica o incluso en nombre de la "restauración".

El presente artículo alude a los principales episodios de vandalismo contra el patrimonio arquitectónico y monumental que se han producido en Cataluña desde finales de la Edad Media hasta la actualidad, como primera aproximación y como reivindicación esquemática de un tema escasamente tratado. Ciertamente es que la historia del vandalismo no exalta, precisamente, las facetas más creadoras y positivas del género humano. Sin embargo, creo que es necesario abrir la historia del patrimonio a todas las expresiones de la relación entre sociedad y patrimonio —una relación bastante compleja, desde luego— en lugar de limitarse, como frecuentemente sucede, a un optimismo voluntarioso que sólo presta atención a las cuestiones relativas a la protección, la conservación, la restauración o la puesta en valor de los bienes culturales.

Para la historia del arte es igualmente necesaria la historia del vandalismo puesto que, como todo el mundo sabe, una historia del arte exclusivamente basada en lo conservado, olvidando lo mucho perdido a lo largo de los tiempos, es inevitablemente una historia incompleta y acaso una historia falseada.

### SIGLOS XV-XVIII

La progresiva introducción de la artillería a partir de la segunda mitad del siglo XIV hizo sentir su capacidad destructora en asedios y ataques a ciudades, obligando a replantear la configuración tradicional de las

estructuras defensivas. Sabemos que el claustro gótico de Sant Feliu de Girona, en construcción hacia 1357-1360, hubo de ser sacrificado en 1385 como contribución a la mejora de la capacidad defensiva de la ciudad. Pocos años antes, en 1365, había sido demolido por la misma causa el convento mercedario de Vic.

La guerra civil catalana de 1462-1472 afectó algunos edificios importantes, principalmente conventos situados extramuros, como los de San Francisco y Santa Clara de Tarragona. En Cervera también resultó severamente dañado el convento franciscano y en Manresa el monasterio cisterciense de Vallaura. Consta que en Lleida, tras la guerra, fue necesario restaurar la mayoría de conventos y parroquias urbanas e incluso la Seo.

Casi dos siglos después, la revolución catalana de 1640-1652 (la llamada Guerra de los Segadores) y el posterior conflicto con Francia hasta el Tratado de los Pirineos (1659) causaron la destrucción de numerosos edificios, directa o indirectamente, es decir, por hechos de guerra propiamente dichos o por la construcción de murallas y baluartes. Se perdieron por esta causa el convento de Santo Domingo y otras iglesias de Tarragona. En Lleida se perdieron entonces la mayor parte de iglesias góticas. La refortificación de Vic significó asimismo la demolición de los conventos de Santa Clara, el Carmen y San Francisco. En Barcelona, el sitio de 1652 significó la ruina total del monasterio cisterciense de Santa María de Valldonzella.

Las recientes excavaciones llevadas a cabo en el recinto del antiguo mercado del Borne en Barcelona (2001-2002), han sacado a la luz un fragmento altamente expresivo de la dramática magnitud que revistió el arrasamiento represivo del barrio de la Ribera, tras la guerra de Sucesión (1702-1714). La construcción de la ominosa ciudadela de Barcelona significó asimismo el arrasamiento del convento de Santa Clara. Por la misma razón resultó gravemente mutilado el convento de San Agustín y las partes del mismo que no fueron derribadas fueron ocupadas por los militares. En Lleida, los daños causados por la guerra de Sucesión fueron generales y el hecho más tristemente remarcable fue la completa desaparición del barrio de la Suda, alrededor de la Seo antigua, que fue transformada en cuartel. El uso militar de la Seo antigua de Lleida se mantuvo hasta 1948 cuando el Ministerio de Defensa la cedió. Sólo a partir de entonces fue posible acometer su rehabilitación.

La *Guerra Gran* contra la Francia revolucionaria, a finales del siglo XVIII, tuvo un serio impacto sobre algunos de los grandes monasterios de la Cataluña Vieja, que a pesar de su prestigio histórico se encontraban en situación de franca decadencia. Así, Sant Pere de Rodes, que ya había sido víctima de varios saqueos a lo largo de los siglos XVII y XVIII (entre ellos el protagonizado por el duque de Noailles, que en 1708 se llevó la célebre Biblia miniada que actualmente se halla en la Biblioteca Nacional de París), padeció el definitivo en 1797 y los monjes abandonaron el cenobio. También fue abandonada en 1796 la colegiata de Cardona, transformada en cuartel. Tampoco deben dejarse sin mención los saqueos que en aquellos años padecieron la catedral de Seu d'Urgell (1793) y el monasterio de Ripoll. Una de las ciudades más afectadas por esta guerra fue Puigcerdà: la mayoría de sus iglesias resultaron dañadas y a partir de aquel momento se precipitó la decadencia del antaño poderoso convento de Santo Domingo.

Es igualmente necesaria una referencia a los efectos de la Revolución Francesa sobre el patrimonio artístico de la Cataluña del Norte. El testigo más elocuente de ello es el monasterio de Sant Miquel de Cuixà. Vendido como bien nacional, fue arruinándose gradualmente. En 1839 se desplomó uno de los campanarios —cantado por Jacint Verdaguer— y poco a poco el claustro románico fue perdiendo columnas y capiteles. Una parte significativa del claustro acabó siendo exportada a los



Estados Unidos (1914) y actualmente se halla en The Cloisters, sección del Metropolitan Museum of Art de Nueva York.

## SIGLO XIX

La memoria popular atribuye a la guerra de la Independencia (1808-1814) gran cantidad de pérdidas y de destrucciones, que mayoritariamente fueron de patrimonio mueble. Mencionemos como ejemplo la desaparición de los frontales románicos de plata de las catedrales de Vic y Girona. Entre los edificios más afectados por la ocupación napoleónica destaca el monasterio de Montserrat: la basílica fue incendiada y despojada mientras que la mayor parte del recinto monástico medieval quedó reducido a ruinas.

La destrucción más extensa y devastadora de la arquitectura religiosa en general y medieval en particular se produjo entre los siglos XIX y XX en relación con el conflicto entre el viejo y el nuevo régimen (que implicó disposiciones tendentes a la secularización, la excomunión y la desamortización de los bienes eclesiásticos); las guerras, las crisis sociales y las revueltas anticlericales (que significaron el asalto, el saqueo, el incendio y la destrucción de iglesias, monasterios y conventos) y los planes de reforma urbana (que dieron pie a numerosos derribos y demoliciones programadas).

Las obras de Cayetano Barraquer (1915-1917), canónigo de la catedral de Barcelona, documentan copiosamente los grandísimos daños morales y materiales que sufrieron los monasterios y conventos del Principado durante el primer tercio del siglo XIX, a causa de la guerra de la Independencia, las disposiciones secularizadoras del trienio liberal (1820-1823) y los ataques a conventos y monasterios de 1835 (Reus, Poblet, Escaladei, Barcelona) inscritos en el marco de la primera guerra carlista. Siguió inmediatamente las leyes de extinción de órdenes religiosas y de desamortización, la de Mendizábal primero (1836, 1837) y posteriormente la de Madoz (1855). La revolución "Gloriosa" de 1868 también tuvo consecuencias sensibles para el patrimonio. Posteriormente, la restauración borbónica abrió un periodo de estabilidad que se mantuvo hasta las primeras décadas del siglo XX, cuando rebrotaron los episodios violentos que habían de culminar en la guerra civil española.

Todos los monasterios y conventos catalanes fueron, prácticamente sin excepción, víctimas de estas circunstancias, que repercutieron con suerte diversa sobre sus arquitecturas. Ripoll, Sant Joan de les Abadesses, Sant Cugat del Vallès o Gerri de la Sal se convirtieron en parroquias. Sant Benet de Bages pasó a manos privadas, lo mismo que Escornalbou o Bellpuig de les Avellanes. La desgracia de los grandes monasterios cistercienses de Poblet y Santes Creus es harto conocida, a pesar de que su actual restauración y revitalización ha hecho olvidar el carácter de ruinas venerables que tuvieron para tantas generaciones, entre los siglos XIX y XX. No fue posible, en cambio, la revitalización de la imponente cartuja de Escaladei, reducida a un campo de ruinas.

Las pérdidas de arquitectura conventual urbana son muy considerables en la ciudad de Barcelona. Las más sensibles son, sin duda, las de los grandes conventos mendicantes de Santa Catalina (dominicos) y San Nicolás (franciscanos). El primero cayó en 1837 y sobre sus despojos se construyó un mercado, mientras que el solar del segundo permitió la urbanización de todo el sector de la plaza Duque de Medinaceli.

De modo análogo, la Plaza Real ocupa el espacio del convento que los capuchinos tuvieron en aquel lugar después de 1714 y la plaza de San Jaime se abrió a costa de la antigua iglesia del mismo nombre. La apertura de la calle Duque de la Victoria implicó la desaparición de la Casa Gralla (1856), magnífico ejemplar de arquitectura civil del Renacimiento.

Pero la más conocida de todas las operaciones de reforma urbana que se produjeron en el corazón de la Barcelona antigua fue la apertura de la Vía Layetana, según una idea contenida en el Plan Cerdà y posteriormente concretada en el plan de reforma y mejora interior de Barcelona de A. J. Baixeras, definitivamente aprobado en 1889. La apertura se inició en 1908 y cómo escribe Carreras Candi (1913) "entre los edificios derribados surgieron a la contemplación de los barceloneses carcasas de venerables construcciones, respetadas por el tiempo pero destruidas por la codicia humana". Entre 1908 y 1913 fueron derribados unos trescientos edificios.

A raíz de la revolución de 1868, la Gloriosa, se precipitó la demolición de la ya aludida Ciudadela de Barcelona y también la suerte de varios conventos, entre los cuales los barceloneses de Jonqueres y Santa María de Jerusalén, éste último situado donde actualmente se halla la plaza de la Garduña, tras el mercado de la Boquería. Algunos elementos y conjuntos de azulejos del convento de Jerusalén fueron adquiridos por Francesc Santacana y actualmente se conservan en la que fue su casa, el museo *L'Enrajolada* de Martorell. Mientras tanto, las piedras del claustro fueron adquiridas por un particular y finalmente reconstruidas en un solar del Ensanche. Otros edificios trasladados desde el corazón de la Barcelona antigua al Ensanche son las actuales parroquias de San Ramón de Penyafort (antiguo convento de Montsió) y de la Concepción (antiguo convento de Jonqueres).

En relación con los movimientos de reforma urbana del siglo XIX también es preciso mencionar el derribo de las antiguas murallas —mayoritariamente medievales— que en aquel momento ya resultaban obsoletas e inservibles como elemento defensivo y que se habían convertido en símbolo del constreñimiento de las ciudades y freno de su capacidad de expansión. De lo odiosas que llegaron a ser, da idea el caso de Barcelona: cuando en 1854 se obtuvo el permiso estatal que permitía hacer realidad el clamor "¡Abajo las murallas!", éstas desaparecieron de forma casi íntegra, sin que se quisiera guardar de ellas un mínimo recuerdo. En Lleida el permiso oficial para el derribo de las murallas llegó en 1861 y en Girona en 1869. En Tarragona ya se había producido el derribo de grandes lienzos de la muralla medieval a finales del siglo XVIII aunque los derribos que permitieron la construcción de la Rambla Nova se produjeron en los años cincuenta del siglo XIX.

## SIGLO XX

En las primeras décadas del siglo XX el clima social vuelve a tensarse y da pie a dos estallidos de violencia que afectaron muy seriamente el patrimonio religioso: la llamada Semana Trágica y la guerra civil española.

En Barcelona, la Semana Trágica (1909) supuso el incendio y saqueo de numerosos conventos y la pérdida de notables ejemplos de arquitectura medieval, tales como una parte importante del antiguo convento de San Antonio Abad (cuya destrucción se completó en 1936). En Sabadell se produjo el incendio y derribo de la iglesia parroquial de Sant Feliu.

La guerra civil de 1936-1939 significó el último brote de violencia contra bienes y edificios religiosos como los que se habían producido a lo largo del XIX. Los incendios y destrucciones de patrimonio mueble se concentraron mayoritariamente durante los días posteriores al golpe de estado de 18 de julio de 1936 y la mayoría de ellos fueron protagonizados por grupos anarquistas que escaparon al control de la Generalitat y de las instituciones. Durante los meses que siguieron, fueron derribados bastantes edificios. A pesar de los esfuerzos beneméritos y del riesgo asumido por las personas comprometidas en las labores de salvación del patrimonio artístico y documental, la situación no estuvo bajo control hasta 1937 y las pérdidas fueron muy importantes. Todavía falta un buen inventario y una cuantificación objetiva de todo el patrimonio que se perdió o que resultó afectado, tanto mueble como inmueble.



Entre los edificios góticos que se perdieron destacan la iglesia parroquial de Santa María de Puigcerdà (de la que sólo queda en pie el campanario y una de las portadas), la iglesia parroquial de San Esteban de Granollers y en Manresa las iglesias del Carmen (en cuyas bóvedas apareció un excelente conjunto de cerámica trecentista), San Pedro Mártir y San Miguel.

En Barcelona ciudad se perdieron la iglesia parroquial de Sant Cugat del Rec y la del convento de Santa Mónica, al final de la Rambla. También la de San Francisco de Paula (que ya había perdido su claustro a raíz de la construcción del Palau de la Música Catalana). Las iglesias de Santa María del Mar, el Pino, Santa Ana y Belén sufrieron grandes incendios y destrucciones parciales, pero sus muros resistieron. El incendio de la Sagrada Familia implicó la destrucción total del estudio y el taller de Gaudí, donde había maquetas, planos y gran parte de la documentación personal del arquitecto.

En la diócesis de Barcelona se perdieron numerosas iglesias, además de las ya citadas, como las de Sant Genís de Vilassar, Olesa de Montserrat, Martorell, Sant Just Desvern, l'Hospitalet de Llobregat, etc. También padecieron graves mutilaciones la iglesia de San Antonio de Vilanova i la Geltrú y la parroquial de Argentona, mientras que la basílica del Espíritu Santo de Terrassa fue incendiada y sufrió daños de consideración, aunque su estructura aguantó.

Entre las iglesias parroquiales de la diócesis de Girona que fueron seriamente dañadas se pueden citar las de Calella, Blanes o Santa María dels Turers, en Banyoles. La iglesia de Figueres también estuvo gravemente afectada.

Las catedrales de Vic y Lleida fueron incendiadas y perdieron gran parte de su patrimonio mueble, incluyendo obras de gran valor. En el área de Tarragona la pérdida más significativa fue la de la iglesia tardorrománica de la Sang, en Alcover, mientras que en la ciudad de Tortosa la guerra civil afectó seriamente el convento de Santa Clara.

Después de la guerra civil española, durante el régimen franquista y más concretamente durante los años del desarrollo y la especulación inmobiliaria, se asistió a una considerable degradación del patrimonio arquitectónico del siglo XIX y a la pérdida de notables obras de ingeniería (puente de Molins de Rei, estaciones de ferrocarril). También resultaron afectadas numerosas masías y la arquitectura modernista y del movimiento moderno, que entonces todavía no eran suficientemente valoradas ni protegidas. Sirva de ejemplo el derribo de Can Trinxet, magnífica obra de Puig i Cadafalch.

Ésto se detuvo durante los años de transición hacia la democracia, que fueron años de una importante toma de conciencia acerca de la protección y la salvación del patrimonio. Gracias a la movilización cívica fue posible salvar de la especulación —in extremis, muchas veces— edificios como el mercado del Borne o la modernista Casa Golferichs, en la Gran Vía de Barcelona.

Ahora, en tiempo de democracia, hemos asistido a un verdadero auge de la restauración monumental. Son muchos los monumentos dignificados y que han visto asegurada su conservación durante las últimas décadas. Sin embargo, los procesos de reforma urbana siguen constituyendo una amenaza, algunas veces hecha realidad. Como lo es, aunque pueda parecer paradójico, el abandono de muchos edificios situados en ámbitos rurales o de montaña e incluso una cierta mistificación de lo que significa “restaurar” y “conservar”, pues algunas veces se confunde con un simple maquillaje —“ponerse guapo”— o lo pervierte un intervencionismo excesivo y gratuito.

## ILUSTRACIONES

1. F. X. Parcerisa: Puerta de la Casa Gralla. Litografía incluida en “Recuerdos y Bellezas de España...” (Barcelona, 1839). La Casa Gralla de Barcelona fue derribada en 1856 a causa de la apertura de la calle Duque de la Victoria (Fotografía: J. Bracons).

2. La iglesia del antiguo convento de San Antonio Abad de Barcelona (que había pasado a los Escolapios en 1806) fue incendiada durante la Semana Trágica (1909), momento al que corresponde la imagen, y finalmente volada al inicio de la guerra civil española (Postal de la serie sobre los “Sucesos de Barcelona” realizada por el fotógrafo Ángel Toldrá Viazó).

3. La iglesia del convento de Nuestra Señora de Belén, en la Rambla de Barcelona, constituya uno de los mejores conjuntos de arte barroco existentes en Cataluña. Incendiada el 19 de julio de 1936, perdió toda la decoración interior y las bóvedas se desplomaron, cómo muestra la imagen (Fotografía: Instituto Amatller de Arte Hispánico, Barcelona).

4. Josep Puig i Cadafalch: Casa Trinxet (1902-1904). Situada en la calle Córcega 268 de Barcelona, era un magnífico exponente de arquitectura modernista. Contenía, además, una importante decoración pictórica obra de Joaquim Mir. Fue derribada en 1968 por la empresa Núñez y Navarro (Fotografía de 1933, Instituto Amatller de Arte Hispánico, Barcelona).

## BIBLIOGRAFÍA

Octavi ALEXANDRE, *Catàleg de la destrucció del patrimoni arquitectònic històric-artístic del centre històric de Barcelona*, Barcelona: Veïns en defensa de la Barcelona Vella, 2000.

Cayetano BARRAQUER Y ROVIRALTA, *Los religiosos en Cataluña durante la primera mitad del siglo XIX*, 4 volúmenes, Barcelona: Altés, 1915-1917.

Joan BASSEGODA I NONELL, *Història de la restauració de Poblet*, Poblet: Abadía, 1983.

Juan BASSEGODA I NONELL, *La arquitectura profanada. La destrucción sistemática del patrimonio arquitectónico religioso catalán (1936-1939)*, Barcelona: Mare Nostrum, 1990.

Francesch CARRERAS Y CANDI, *La Via Layetana...* Barcelona: Albert Martín, 1913.

Lluís CUSPINERA I FONT, *La Garriga: crònica d'una destrucció*, Sant Cugat del Vallès: Rourich, 2000.

Joan GANAU CASAS, *El inici del pensament conservacionista en l'urbanisme català*, Barcelona: Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1997.

Raquel LACUESTA, *Restauració monumental a Catalunya (segles XIX i XX). Les aportacions de la Diputació de Barcelona*, Barcelona: Diputació, 2000.

Sofia MATA, «Els estralls de la guerra dels segadors en el patrimoni arquitectònic religiós de Tarragona (1641-1644)», en *El temps sota control. Homenatge a F. Xavier Ricomà Vendrell*, Tarragona: Diputació, 1997, p. 435-444.

Meritxell PUJOL I CABARROCAS, «La destrucció dels béns artístics de l'església en el context de la guerra civil (1936-1939) a la comarca de la Selva», en *Títol d'especialització professional en patrimoni cultural. Treballs de recerca*, Girona: Servei de publicacions de la Universitat, 2001, p. 127-135.

Louis RÉAU, *Histoire du vandalisme. Les monuments détruits de l'art français*, París: Robert Laffont, 1994.

José REMESAL, Antonio AGUILERA, Lluís PONS, *Comisión de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Cataluña. Catálogo e índices*, Madrid: Real Academia de la Historia, 2000.

Pedro G. ROMERO, *F. X. sobre el fi de l'art / F. X. sobre la fi de l'art. La Setmana Trágica*, Barcelona: Generalitat, 2002.

Frederic VILÀ I TORNOS, «Desfeta i recuperació de la Seu Vella», en *Congrés de la Seu Vella de Lleida*, Lleida: La Paeria-Estudi General, 1991, p. 357-367.